

aborrece las superioridades naturales y las superioridades sociales. En la guerra que les hace no retrocede sino ante los atentados que decapitan á la misma sociedad. No hay para él hombres de gé- nio; Tomás Moro pesa tanto en la balanza de Enrique Tudor, como Bailly en la balanza de Marat. No hay para él cabezas coronadas; María Estuardo pesa tanto en la balanza de Isabel, como Luis XVI en la balanza de Robespierre.

La primera cosa que llama la atención cuando se compara Rusia á Turquía es una semejanza; la primera cosa que llama la atención cuando se compara Inglaterra con España es una desemejanza. En España la monarquía es absoluta; en Inglaterra es limitada.

Reflexionando sobre ello se llega á esta singular consecuencia: esta desemejanza engendra una semejanza. El exceso de monarquismo produce en lo que se refiere á la autoridad real, y no considerándole más que bajo este punto de vista especial, el mismo resultado que el exceso de constitucionalismo. En uno y otro caso el rey queda anulado.

El rey de Inglaterra, servido de rodillas, es un rey nominal; el rey de España, servido igualmente de rodillas, es también un rey de nombre. Ambos son impecables. Cosa particular! El axioma fundamental de la monarquía más absoluta es asimismo el axioma fundamental de la monarquía más constitucional. *El rey no cae*, dice la vieja ley española. *The king can do no wrong*, el rey no puede equivocarse, dice la vieja ley inglesa. ¡Cómo choca, cuando se profundiza la historia, encontrar hechos en la apariencia muy diversos, como son el monarquismo puro y el constitucionalismo riguroso, sentados en la misma base y saliendo de la misma raíz!

El rey de España podía ser sin inconveniente lo mismo que el rey de Inglaterra, un niño, un menor, un ignorante, un idiota. El Parlamento gobernaba por el uno; el Despacho universal gobernaba por el otro. El día que se supo en Madrid la nueva de la toma de Mons, Felipe IV se regocijó en extremo, doliéndose en alta voz de *ese pobrecito rey de Francia*. Nadie, si embargo, se atrevió á decirle á él, rey de España, que Mons le pertenecía. Spínola, sitiando á Breda, que los holandeses defendían admirablemente, escribió una larga carta á Felipe III detallándole las innumerables imposibilidades que ofrecía el sitio; Felipe III le volvió á enviar su carta, después de ha-

ber escrito al márgen por su propia mano: *Marqués, toma á Breda*. Semejante frase solo la puede escribir la estupidez ó el génio; es preciso ignorarlo todo ó quererlo todo, ser Felipe III ó Bonaparte. Hé aquí en qué nulidad podía caer la corona de España, aislada como se hallaba de todo pensamiento y de toda acción por la forma misma de su autoridad. La Carta magna aísla al rey de Inglaterra casi de la misma manera. España ha luchado contra Luis XIV con un rey imbécil; Inglaterra ha luchado contra Napoleón con un rey loco.

¿No prueba esto que en los dos casos el rey es puramente nominal? ¿Esto es un bien? es un mal? Por ahora es un hecho que hacemos constar sin juzgarle.

Nada hay menos libre que el rey de Inglaterra, si no es el rey de España. A los dos se les dice: *Vos lo podeis todo, á condicion de que no querais nada*. El Parlamento liga al primero, la etiqueta liga al segundo, y véase lo que son las ironías de la historia, estas dos trabas tan diferentes producen en ciertos casos los mismos efectos. Algunas veces el Parlamento se rebela y mata al rey de Inglaterra; algunas veces la etiqueta se subleva y mata al rey de España. Paralelismo singular, pero incontestable, en el cual el cadalso de Carlos I tiene enfrente el brasero de Felipe III.

Uno de los resultados más notables de esta anulacion de la autoridad real por causas que por otra parte son casi siempre opuestas, es que la ley Sálica se ha hecho inútil. En España como en Inglaterra, las mujeres pueden reinar.

Entre los dos pueblos existen todavía más puntos de contacto, que ponen de manifiesto una comparación escrupulosa. En Inglaterra como en España, el fondo del carácter nacional está formado de orgullo y de paciencia. Esto, bien mirado y salvadas las restricciones que indicaremos después, constituye un temperamento admirable, que lanza á los pueblos á grandes cosas. El orgullo es virtud para una nación; la paciencia es virtud para el individuo.

Con el orgullo se domina; con la paciencia se coloniza. Ahora bien, ¿qué encontráis en el fondo de la historia de España, como en el fondo de la historia de la Gran-Bretaña? Dominar y colonizar.

Ahora mismo hemos acabado de trazar, con la mirada fija en la historia, el cuadro de la infantería castellana. Léase

otra vez. Es también el retrato de la infantería inglesa.

Ahora mismo indicábamos algunos rasgos del clero español. En Inglaterra también hay un arzobispo de Toledo; se llama el arzobispo de Cantorbéry.

Si se desciende hasta las menores particularidades, se vé por estos pequeños detalles imperiosos de vida interior y material, que son como la segunda naturaleza de las poblaciones, que los dos pueblos ¡cosa singular! son de la misma manera tributarios del Océano. El thé es para la Inglaterra lo que era el cacao para España; el modo de vivir de la nación, y por consecuencia, según sean las coyunturas, una ocasión de alianza ó un caso de guerra.

Pasemos á otro orden de ideas.

Ha habido y hay todavía en ciertos pueblos un dogma execrable, contrario al sentimiento interior de la conciencia humana y contrario á la razón pública, que constituye la vida misma de los Estados. Y es esa fatal aberración religiosa erigida en ley en algunos países, que establece como principio y que cree que quemando el cuerpo se salva el alma; que las torturas de este mundo preservan á la criatura humana de las torturas del otro; que el cielo se compra por el sufrimiento físico, y que Dios no es más que un gran verdugo, que se sonríe desde lo alto de la eternidad de su infierno de todos los espantosos pero insignificantes suplicios que el hombre puede inventar. Si ha habido algún dogma contrario al desenvolvimiento de la sociabilidad humana, este es. Este es el que se unce al horrible carro de Jaghernaut; este es el que presidía hace un siglo las exterminaciones anuales de Dahomey. Todo el que siente y raciocina lo rechaza con horror. Las religiones del Oriente lo han transmitido vanamente á las religiones del Occidente. Ninguna filosofía lo ha adoptado. Desde hace tres mil años que no ha conseguido atraer un solo pensador; la pálida claridad de esas doctrinas sepulcrales enrojece vagamente la parte inferior del pórtico monstruoso de las teogonías de la India, sombrío y gigantesco edificio que se pierde, apenas entrevisto por la humanidad terrificada, en las tinieblas sin fondo del misterio infinito.

Esta doctrina encendió en Europa en el siglo diez y seis las hogueras de los judíos y de los herejes; la Inquisición las preparaba, España las avivaba. Esa doctrina enciende actualmente en Asia las

hogueras de las viudas; Inglaterra no las prepara, ni las aviva, pero las vé arder.

No queremos sacar de estas asimilaciones otras consecuencias que las que de sí se desprenden. Sin embargo, nos es imposible dejar pasar en silencio el hecho notable de que si un pueblo, que estuviese metido de lleno en la vía de la civilización, podría tolerar, ni aun por exigencias de la política, esas lúgubres, atroces é infames barbaridades. La Francia, en el siglo diez y seis, rechazó la Inquisición. En el diez y nueve, si la India fuese colonia francesa, Francia habría apagado hace largo tiempo la teatral incendiaria del fanatismo.

Y puesto que notando aquí y allá los puntos de contacto desapercibidos, pero reales, que existen entre España é Inglaterra, hemos hablado de Francia, es digno de tenerse en cuenta que las dos se relacionan con ésta hasta en los acontecimientos que en la apariencia son puramente accidentales. España tuvo prisionero á Francisco I; Inglaterra ha participado de esta gloria ó esta vergüenza: ella ha tenido prisionero á Napoleón.

Hay cosas características y memorables que suceden y se repiten para enseñanzas de las inteligencias pensadoras en los ecos profundos de la historia. La frase de Waterlóc: *La Guardia muere, pero no se rinde*, no es más que la heroica traducción de la frase de Pavía: *Todo se ha perdido, menos el honor*.

Por último, además de las comparaciones directas, la historia revela, entre los cuatro pueblos que forman el objeto de este capítulo, yo no sé qué relaciones extrañas y, por decirlo así, diagonales, que parecen ligarlos misteriosamente y que indican al pensador una semejanza secreta de conformidad y, casi por consecuencia, de destino. Hagamos constar aquí dos únicamente. La primera vá de Inglaterra á Turquía: Enrique VIII mataba sus mujeres como Mahomet II. La segunda vá de Rusia á España: Pedro I mató á su hijo como Felipe II.

VIII.

Rusia ha devorado á Turquía.

Inglaterra ha devorado á España.

A nuestro modo de ver, esta es la última y definitiva asimilación. Un Estado no devora á otro más que con la condición de reproducirlo.

Basta arrojar una mirada sobre los

dos mapas de Europa levantados en cincuenta años de intervalo, para ver de qué manera irresistible, lenta y fatal, vá la frontera moscovita invadiendo el imperio otomano. Es el sombrío y formidable espectáculo de una inmensa marea cuando sube. A cada instante y por todas partes la ola gana terreno y la playa desaparece. La ola es Rusia; la playa Turquía. Algunas veces la onda retrocede, pero surge de nuevo momentos después, y esta vez vá más lejos. Una gran parte de Turquía está ya cubierta y aun se la distingue vagamente bajo el desbordamiento ruso. El 20 de Agosto de 1828 una ola llegó hasta Andrinópolis, pero se retiró; cuando vuelva llegará hasta Constantinopla.

En cuanto á España, las dislocaciones del imperio romano y del imperio carolingio pueden únicamente dar una idea de este prodigioso desmembramiento. Sin contar el Milanesado, que el Austria tomó; sin el Rosellon, el Franco-Condado, las Ardenas, el Cambresis y el Artois, que han vuelto al dominio de Francia, de los trozos de la antigua monarquía española se han formado en Europa, independientes de la metrópoli, y todavía dejamos fuera el reino de España propiamente dicho, cuatro reinos: Portugal, Cerdeña, Dos-Sicilias y Bélgica; en Asia un vireinato, la India, igual á un imperio, y en América nueve Repúblicas: Méjico, Guatemala, Colombia, Perú, Bolivia, Paraguay, Uruguay, la Plata y Chile. Sea por influencia, sea por soberanía directa, la Gran-Bretaña posee hoy la mayor parte de esta enorme herencia. Ella tiene casi todas las islas que poseía España y que sin exageracion se puede decir que eran innumerables. Como decíamos al principio de este trabajo, Inglaterra ha devorado á España del mismo modo que España devoró Portugal. Hoy, recorriendo con la mirada los dominios británicos, no se ven más que nombres portugueses y castellanos: Gibraltar, Sierra-Leona, la Ascension, Fernando Póo, las Mascareñas, Cabo Delgado, Cabo Gardafú, Honduras, las Lucayas, las Bermudas, la Barbada, la Granada, San Cristóbal, Antigoa. En todas partes España reaparece. Hasta bajo la presión de Inglaterra, los fragmentos del imperio de Carlos V no han perdido todavía su forma, y—permítase nos esta comparacion, que encierra nuestro pensamiento,—se reconoce toda la monarquía española en las posesiones de la Gran-Bretaña, como se encuentra un

jaguar medio digerido en el vientre de una boa.

IX.

Como lo hemos indicado sumariamente en el párrafo V, los dos grandes imperios del siglo diez y siete llevaban en su misma constitucion las causas de su decadencia. Pero vivían momentáneamente de una vida febril tan formidable, que antes de morir habrían podido ahogar la civilizacion. Era preciso que un hecho exterior de gran consideracion diese á las causas que marcaban su caída el tiempo de desarrollarse. Ese hecho, que también hemos ya señalado, es la resistencia de Europa.

En el siglo diez y siete, Europa, guardiana de la civilizacion, amenazada por Levante y Poniente, resistió á Turquía y á España. En el siglo diez y nueve, Europa, colocada por las combinaciones soberanas de la Providencia en la misma idéntica situacion, debe resistir á Rusia é Inglaterra.

Entre tanto, cómo resistirá? ¿qué queda—mirada la cuestion bajo este punto de vista especial—de la vieja Europa que ha luchado y dónde están los puntos de apoyo de la Europa nueva?

La vieja Europa, esa ciudadela que hemos tratado de reconstruir con el pensamiento en las páginas que hemos dedicado á exponer nuestro punto de partida, está hoy medio demolida y agujereada por todas partes de brechas profundas.

Casi todos los Estados pequeños, ducados, repúblicas ó ciudades libres que contribuían á la defensa general, ya no existen.

La Holanda, tantas veces rehecha, ha quedado reducida á exiguas proporciones.

La Hungría, que era el país de Galles, el principado de Asturias ó el Delfinado de Austria, ha sido borrada del mapa.

Polonia ha desaparecido.

Venecia ha desaparecido.

Génova ha desaparecido.

Malta ha desaparecido.

El Papa es un rey que solo conserva el nombre. La fé católica ha perdido terreno; perder terreno es perder contribuyentes. Roma está empobrecida. Sus Estados no serían bastantes para poder formar un ejército, y no tiene suficiente dinero para comprar uno; esto sin contar con que no estamos en el siglo en que se le

pueda vender. Así que, como príncipe temporal, el Papa ha desaparecido.

¿Qué queda, pues, de todo ese viejo mundo? ¿Qué es lo que está todavía de pie en Europa? Dos naciones tan solo: Francia y Alemania.

Con esto podría haber bastante. Francia y Alemania son esencialmente la Europa. Alemania es el corazón, Francia la cabeza.

Alemania y Francia son esencialmente la civilizacion. Alemania siente, Francia piensa.

El sentimiento y el pensamiento forman el hombre civilizado.

Hay entre los dos pueblos conexión íntima, consanguinidad incontestable. Tienen los mismos orígenes, han luchado juntos contra los romanos, y son hermanos en el pasado, hermanos en el presente y hermanos en el porvenir.

Su manera de formarse ha sido la misma. No son insulares, ni conquistadores; son los verdaderos hijos del suelo europeo. El carácter sagrado y profundo de hijos de este suelo, les es tan inherente y está tan poderosamente desarrollado en ellos, que á pesar de los esfuerzos de los años y la prescripción de la antigüedad, ha sido por largo tiempo imposible su mezcla con ningun pueblo invasor, cualquiera que fuese el punto de donde viniese. Sin contar los judíos, nacion emigrante y no conquistadora y que es además una excepcion en todas las cosas, se pueden citar, por ejemplo, razas slavas que habitan el suelo alemán hace diez siglos y que no eran aun alemanas hace ciento cincuenta años. Nada más convincente sobre este asunto que lo que refiere Tollins. En 1687 estaba en la corte de Brandeburgo; el elector le dijo un día: "Ya tengo vándalos en mis Estados: habitan las costas del mar Báltico: hablan el esclavon, porque de la Esclavonia proceden sus antepasados: son embusteros, infieles, veletas, sediciosos: tienen un gran número de ciudades de quinientos y seiscientos vecinos, y tienen en secreto un rey de su nacion, que lleva cetro y corona, y al cual pagan todos los años un sextercio por cabeza. Una vez ví á ese rey, que era un jóven bien formado de cuerpo y de alma: como yo le mirase atentamente, un viejo se apercibió, entrevió mi pensamiento, y para hacer variar el curso de mis ideas y persuadirme de lo contrario, se arrojó sobre aquel rey, que era su rey, baston en mano, y lo castigó como si fuera un esclavo. Tienen el espíritu ligero, y cuan-

do se les quiere atraer, retroceden á los bosques y pantanos más inaccesibles; esto es lo que me ha impedido dotarlos de escuelas: sin embargo, he hecho traducir á su lengua la Biblia, los Salmos y el Catecismo. Ellos tienen secretamente armas. Una vez, mandando ochocientos granaderos, me encontré de repente rodeado de cuatro ó cinco mil vándalos; á mis ochocientos granaderos les costó gran trabajo hacerlos retirar." Después de un momento de silencio, el elector, viendo á Tollins pensativo, añadió esta frase notable: "*Tollins, vos sois alquimista. Es posible que hagais del cobre oro; yo os desafío á que hagais de un vándalo un prusiano.*"

La fusion era, en efecto, difícil: así que, lo que ningun alquimista hubiese podido hacer, la nacionalidad alemana, ayudada por la gran ilustracion del siglo diez y nueve, acabará por realizar.

Actualmente, los mismos fenómenos constituyentes se manifiestan en Alemania que en Francia. Lo que el establecimiento de los departamentos ha sido para Francia, la union de las aduanas ha sido para Alemania: ambas cosas les ha dado unidad.

Es preciso, para que el universo esté en equilibrio, que haya en Europa, como la doble clave de bóveda del continente, dos grandes Estados del Rin, los dos fecundizados y estrechamente unidos por ese rio regenerador; uno septentrional y oriental, Alemania apoyándose en el Báltico, en el Adriático y en el mar Negro, teniendo por arbotantes Suecia, Dinamarca y Grecia; y otro meridional y occidental, Francia, apoyándose en el Mediterráneo y el Océano, teniendo por contrafuertes Italia y España.

Hace mil años se presentó ya la misma cuestion muchas veces y en otros términos, y este plan ha sido ya ensayado por tres grandes príncipes.

Primero, Carlo-Magno. En el siglo octavo no dominaban la Europa los turcos y los españoles, ni los ingleses y los rusos, sino los sajones y los normandos. Carlo-Magno construyó su Estado contra ellos.

El imperio de Carlo-Magno es una primera prueba, todavía vaga y confusa, mas no obstante conocida de la Europa que acabamos de bosquejar, y que será un día sin disputa alguna la Europa definitiva.

Más tarde Luis XIV. Luis XIV quiso edificar el Estado meridional del Rin tal como nosotros lo hemos indicado. Co-

locó á su familia en España, Italia y Sicilia, y apoyó de esta manera la Francia. La idea era nueva, pero la dinastía estaba gastada; la idea era grande, pero la dinastía era pequeña. Esta desproporción impidió que alcanzara el éxito que merecía.

La obra era buena, el obrero era bueno, el material era malo.

Después Napoleón. Napoleón comenzó por restablecer el Estado meridional del Rin. Instaló á su familia, no solamente en España, en Lombardía, en Etruria y en Nápoles, sino también en el ducado de Berg y en Holanda, á fin de tener por la parte baja todo el Mediterráneo y por la parte alta toda la corriente del Rin hasta el Océano.

Luego, cuando tuvo rehecho lo que hizo Luis XIV, quiso rehacer lo que había hecho Carlo-Magno. Trató de constituir la Alemania del mismo modo que la Francia. Se enlazó con Austria, dió la Westphalia á su hermano, la Suecia á Bernadotte y prometió la Polonia á Poniatowski. Llevando á cabo esta obra inmensa, se encontró con Inglaterra, Rusia y la Providencia, y en ellas se estrelló. Los tiempos para realizar este trabajo no habían llegado todavía. Si su empresa le hubiese salido bien, el grupo continental estaba formado.

Posible es que la obra de Carlo-Magno y de Napoleón se lleve á cabo sin Napoleón y sin Carlo-Magno. Estos grandes hombres han tenido quizás el inconveniente de personificar demasiado la idea y de inquietar por su entidad, más pronto francesa que germánica, los celos de las nacionalidades. De aquí han podido resultar equivocaciones, pues los pueblos llegaron á imaginarse que servían á un hombre y no á una causa, que contribuían á la ambición de uno solo y no á la civilización de todos, y por esta razón los abandonaron. Esto es lo que sucedió en 1813. No es necesario que sean Carlo-Magno ó Bonaparte los que se defiendan contra los enemigos del Oriente ó los enemigos del Occidente; quien es preciso que se defienda es la Europa. Cuando la Europa central se habrá constituido, y ya llegará el día en que se constituya, el interés de todos será evidente. Francia, apoyada en Alemania, hará frente á Inglaterra, que es, como ya lo hemos dicho, el espíritu del comercio, y la arrojará al Océano; Alemania, apoyada en Francia, hará frente á Rusia, que, como también lo hemos ya dicho, es el espíritu de conquista, y la arrojará al Asia.

El comercio tiene su puesto en el Océano.

En cuanto al espíritu de conquista, que tiene la guerra por instrumento, fortifica y resucita las civilizaciones muertas y mata las civilizaciones vivientes. La guerra es para las unas el renacimiento y para las otras el fin. El Asia tiene necesidad de ella; la Europa, no.

La civilización admite el espíritu militar y el espíritu comercial, pero no se compone únicamente de ellos. Los combina en una justa proporción con los otros elementos humanos. Corrige el espíritu guerrero por la sociabilidad y el espíritu mercantil por el desinterés. Enriquecerse no es el objeto exclusivo: engrandecerse no es su ambición suprema. Ilustrar para mejorar, hé aquí su objeto, y á través de las pasiones, las preocupaciones, las ilusiones, los errores y las locuras de los pueblos y de los hombres, la civilización hace la luz con el resplandor sereno y majestuoso del pensamiento.

Resumamos. La unión de Alemania y de Francia será el freno de Inglaterra y de Rusia, la salvación de Europa y la paz del mundo.

X.

Esto es lo que la política inglesa y la política rusa, árbitras del Congreso de Viena, comprendieron en 1815.

Existía entonces ruptura de hecho entre Francia y Alemania.

Las causas de esta ruptura merecen la pena de ser referidas en pocas palabras.

El czar, por entusiasmo hacía Bonaparte, se había afrancesado por un momento; pero viendo á Napoleón edificar el Norte de la Europa contra Rusia, había recobrado su carácter ruso. Ciertamente Napoleón, cualquiera que fuese la amistad que consagrarse como hombre privado á Alejandro, por fortificar la Europa contra los rusos no merecía ninguna censura. A los Carlo-Magnos y Napoleones no les es posible dejar de construir su Europa de cierta manera, como al castor no edificar su escondrijo de cierta forma contra cierto viento.

Cuando se trata de la conservación y de la propagación, estas dos grandes leyes naturales, el genio tiene su instinto tan seguro, tan fatal, tan extraño á todo lo que no es el objeto, como el instinto del bruto. El le sigue; dejadle hacer, y, en el emperador como en el castor, admirad á Dios.

Inglaterra no había tenido ni el momento de ilusión de Alejandro. La paz de Amiens había durado lo que un relámpago; Fox á lo más había sido fascinado por Bonaparte. La Europa de Napoleón estaba construida igualmente y sobre todo contra ella; así que el czar, para aliarse con Inglaterra, no tuvo más que coger la mano que hacía tiempo le tendía. Conocidos son los acontecimientos de 1812. El emperador Napoleón se apoyaba lo mismo en Alemania que en Francia; pero hostigado por todas partes, odiado y vendido por los reyes de vieja estirpe, mortificado por la nube de libelos que salían de las prensas de Londres, como el toro por un enjambre de zánganos; agotados sus medios de acción, perturbada su obra colosal y delicada, había cometido dos grandes faltas, una en el Mediodía y otra en el Norte; había ofendido á España y herido á Prusia. Una reacción terrible y justa por varios conceptos nació de aquí. Como España, Prusia se levantó en masa. Alemania tembló bajo los pies del emperador. Buscando su pie punto de apoyo, retrocedió hasta Francia, donde volvió á encontrar tierra firme. Allí, durante tres meses largos, luchó como un gigante cuerpo á cuerpo con Europa. Pero el duelo era desigual; como en los combates de Homero, el Océano y el Asia venían en socorro de Europa. El Océano vomitaba ingleses; el Asia vomitaba cosacos. El emperador cayó: Francia se cubrió la cabeza; mas antes de cerrar los ojos, reconoció á Alemania en la vanguardia de las hordas rusas.

De aquí la ruptura entre los dos pueblos. Alemania conservó su rencor y Francia su cólera.

Pero entre naciones generosas, hermanas por la sangre y por el pensamiento, los rencores pasan, la cólera se desvanece; el gran error de 1813 debía acabar por dejarlas ver claro. Alemania, heroica en la guerra, se vuelve mediatunda en la paz. Todo lo que es ilustre, todo lo que es sublime, hasta fuera de su frontera, place á su entusiasmo sincero y desinteresado. Cuando su enemigo es digno de ella, le combate mientras está en pie, y le honra desde el momento que cae. Napoleón era demasiado grande para que ella no volviese á admirarle y demasiado desgraciado para que no le amase. Y para Francia, á quien Santa Elena ha oprimido el corazón, cualquiera que admire y ame al emperador es francés. Las dos naciones están, pues, obli-

gadas invenciblemente y en un tiempo dado á entenderse y á reconciliarse.

Inglaterra y Rusia previeron este porvenir inevitable, y para impedirlo, poco aseguradas por la caída del emperador, motivo momentáneo de ruptura, crearon entre Alemania y Francia un motivo permanente de odio.

Tomaron á Francia y dieron á Alemania la orilla izquierda del Rin.

XI.

Este era el trabajo de una política profunda.

Esto era desmochar el gran Estado meridional del Rin bosquejado por Carlo-Magno, construido por Luis XIV y completado y restaurado por Napoleón. Esto era debilitar la Europa central, crearle ficticiamente una especie de enfermedad crónica y matarla quizá con el tiempo, poniéndole cerca del corazón una úlcera, siempre dolorosa y siempre gangrenada. Esto era abrir una brecha á Francia, á la verdadera Francia, que es rhenana, como es mediterránea: *Francia rhenana*, dicen los antiguos mapas carlovingios. Esto era colocar una vanguardia extranjera á cinco jornadas de París. Esto era sobre todo irritar para siempre á Francia contra Alemania.

Esta política profunda, que se reconoce en la concepción de semejante pensamiento, se encuentra en su ejecución.

Dar la orilla izquierda á Alemania era una idea. Haberla dado á Prusia era una obra maestra.

Obra maestra de odio, de perfidia, de discordia y de calamidades, pero obra maestra. La política tiene cosas como esta.

Prusia es una nación joven, vivaz, enérgica, espiritual, caballeresca, liberal, guerrera, poderosa. Pueblo de ayer que tiene mañana. Prusia camina y le están reservados grandes destinos, particularmente bajo el mando de su rey actual, príncipe grave, noble, inteligente y leal, el cual es digno de dar á su pueblo ese último grado de grandeza que se llama libertad. Poseída del sentimiento verdadero y justo de su acrecentamiento inevitable, por un pundonor laudable, aunque á nuestro modo de ver mal entendido, Prusia puede querer no ceder lo que le han concedido y actualmente domina.

La política inglesa se guardó bien de dar esa orilla izquierda al Austria. El

Austria evidentemente desde hace dos siglos decrece y disminuye.

En el siglo diez y ocho, época en que Pedro el Grande hizo la Rusia, Federico el Grande hizo la Prusia, y la hizo en gran parte con pedazos del Austria.

Austria es el pasado de Alemania; Prusia es el porvenir.

Esto unido á que Francia, como lo probaremos despues, es á la vez vieja y joven, antigua y nueva, Prusia es en Alemania lo que Francia es en Europa.

Deberia haber entre Francia y Prusia esfuerzo cordial hácia el mismo objeto, camino hecho por los dos, acuerdo profundo, simpatía, y la division del Rhin ha creado una antipatía.

Deberia haber amistad, y la division del Rhin ha creado un odio.

Malquistar Francia con Alemania era hacer algo; malquistar Francia con Prusia era hacerlo todo.

Repitámoslo; la instalacion de Prusia en las provincias rhenanas ha sido el hecho capital del Congreso de Viena. Esta fué la gran habilidad de lord Castlereagh y la gran falta de M. de Talleyrand.

XII.

Por lo demás, en la fatal recomposicion de 1815 no ha habido otra idea que esta. El reparto ha sido hecho al azar. El Congreso ha pensado en desorganizar Francia, no en organizar Alemania.

Se han dado pueblos á príncipes y príncipes á pueblos, sin atender á los príncipes y á los pueblos que colindaban con ellos, casi siempre sin consultar la historia, el pasado, las nacionalidades y el amor propio de unos y otros. Porque las nacionalidades tambien tienen su amor propio, al cual dan oido con más frecuencia que á sus intereses, digámoslo en su honor.

Un solo ejemplo, que está palpitante, bastará para demostrar hasta qué punto tenemos razon y de qué manera se ha hecho el trabajo del Congreso. Maguncia es una ciudad ilustre. Maguncia, en el siglo noveno, era bastante fuerte para castigar á su arzobispo Hatto. Maguncia, en el siglo doce, era bastante poderosa para defender contra el emperador y el imperio á su arzobispo Adalberto. Maguncia, en 1285, fué el centro de la confederacion rhenana y el nudo de cien ciudades. Ella fué la metrópoli de los minnesänger, es decir, de la poesía gótica; ella fué la cuna de la imprenta, es

decir, del pensamiento moderno. Ella guarda y muestra aun la casa que habitaron, desde 1443 á 1450, Gutenberg, Juan Fust y Pedro Schoeffer, y que por una magnífica y justa asimilacion llama Dreykœnigshof la *casa de los tres reyes*. Durante ochocientos años Maguncia ha sido la capital del primero de los electorados germánicos; durante veinte años Maguncia ha sido uno de los frentes de Francia. El Congreso la dió, como si fuese un pueblecillo, á un Estado de quinto orden, á la Hesse.

Maguncia tenia una nacionalidad distinta, independiente, altanera y celosa. El electorado de Maguncia ejercia su influencia en Europa. Hoy tiene esta plaza guarnicion extranjera, y no es más que una especie de cuerpo de guardia donde Austria y Prusia están de centinela, con los ojos clavados en Francia.

Maguncia grabó en 1135, en las puertas de bronce que le habia regalado Willigis, las libertades que le concedió Adalberto. Hoy aun tiene las puertas de bronce, pero no las libertades.

En lo más profundo de su historia, Maguncia tiene recuerdos romanos; la tumba de Druso en ella se encierra. Asimismo tiene recuerdos franceses; Pipino, el primer rey de Francia que fué consagrado, lo fué en 750 por un arzobispo de Maguncia, San Bonifacio. En cambio no tiene recuerdos de los heseses, á no ser que lo sea el haber en el siglo diez y seis asolado su territorio Juan el Batallador, landgrave de Hesse.

Esto prueba cómo ha procedido el Congreso de Viena. Jamás operacion quirúrgica se ha hecho más á la ventura. Se dieron prisa en amputar la Francia, en mutilar las nacionalidades rhenanas y en extirpar el espíritu francés. Se arrancaron violentamente pedazos del imperio de Napoleon; uno tomó esto, otro tomó aquello, sin mirar si por casualidad sufría el giron que arrancaba, separándolo de su centro, es decir, de su corazon, y si podia recobrar la vida de otro modo ó volviéndolo á unir á los demás. No se puso ningun apósito ni se hizo ninguna ligadura. Lo que destilaba sangre hace veinticinco años la destila hoy.

Así se dieron á Baviera algunos anillos de la cadena de los Vosgos, veintiseis leguas de largo por veintiuna de ancho; quinientas diez y siete mil ochenta almas, y tres pedazos de nuestros tres departamentos de la Sarre, del Bajo-Rhin y del Mont-Tonnerre. Con estos tres pedazos Baviera ha hecho cuatro

distritos. ¿Por qué se han hecho estas cosas y no otras? Buscad una razon y no encontrareis otra que el capricho.

A la Hesse-Darmstadt se le dió la punta septentrional de los Vosgos, el Norte del departamento del Mont-Tonnerre y ciento setenta y tres mil cuatrocientas almas. Con estas almas y los Vosgos la Hesse formó once cantones.

Si se pasea una mirada por el mapa de Alemania hácia la confluencia del Mein y del Rhin, quedamos agradablemente sorprendidos al ver desplegarse una gran flor de cinco pétalos, cortada en 1815 por las delicadas tijeras del Congreso. Francfort es el pistilo de esta rosa. Este pistilo, en el que viven en toda regla dos burgomaestres, cuarenta y dos senadores, sesenta administradores y ochenta y cinco legisladores, encierra cuarenta y seis mil habitantes, de los cuales cinco mil son judíos. Los cinco pétalos, pintados en el mapa con diferentes colores, pertenecen á cinco Estados diferentes: el primero es Baviera, el segundo Hesse-Cassel, el tercero Hesse-Hombourg, el cuarto Nassau y el quinto Hesse-Darmstadt.

¿Era necesario envolver y cubrir de esa manera una noble ciudad que parece, cuando se está en ella, que se siente latir el corazon de Alemania? Allí han sido elegidos y coronados los emperadores; allí delibera la Dieta germánica; allí ha nacido Goethe.

Cuando se recorren hoy las provincias rhenanas, en las cuales resplandecia no hace treinta años esa poderosa homogeneidad que tan profundamente ha penetrado en menos de siglo y medio en el antiguo landgraviato de Alsacia, el viajero encuentra de trecho en trecho un poste blanco y azul, que indica el territorio de Baviera; despues un poste blanco y rojo, que demarca el de la Hesse, y despues un poste blanco y negro, que es de Prusia. Por qué? ¿Hay alguna razon para esto? ¿Se ha atravesado algun rio, alguna muralla ó alguna montaña? Se ha tocado alguna frontera? ¿Se ha modificado alguna cosa en el pais que se acaba de cruzar? No: solo ha cambiado el color de los postes. El hecho es que no se está en Prusia, ni en la Hesse, ni en Baviera; se está en la orilla izquierda del Rhin, es decir, en Francia, como en la orilla derecha se está en Alemania.

Insistamos aun sobre este punto: la distribucion de 1815 ha sido una reparticion leonina. Los reyes no se han dicho

más que una cosa: *Dividamos*.—Hé aquí la vestidura de José; desgarrémosla y que guarde cada uno lo que le quede entre las manos.—Estos retazos han sido cosidos hoy á los extremos de cada Estado; véase sino: jamás se han extendido sobre un mapa-mundi girones tan extravagantemente recortados. Jamás harapos ajustados de un punto á otro por la política humana han ocultado y disfrazado tan extrañamente las eternas y divinas divisiones de los rios, los mares y las montañas.

Pero pronto ó tarde las nobles naciones del Rhin reflexionarán sobre ello, ya que de lo que de menos se ha preocupado el Congreso ha sido de ellas. En estas líneas por necesidad bien se ha podido entrever con qué desden ha tratado el Congreso la historia, el pasado, las afinidades geográficas y comerciales, todo lo que constituye la entidad de las naciones. Hecho notable! se distribuian pueblos y no se pensaba en los pueblos. Los agrandaban, los redondeaban, los extendian; hélo aquí todo. Cada uno pagaba sus deudas con un poco de la Francia. Se hacian concesiones vitalicias y concesiones á pacto de retroventa. Se acomodaban entre sí. Tal príncipe pedia una garantía y se le daba una ciudad; tal otro reclamaba un pico y se le regalaba una aldea.

Sin embargo, bajo esta ligereza aparente, ya lo hemos indicado, habia un pensamiento profundo, un pensamiento inglés y ruso, que se ejecutaba, digámoslo así, lo mismo á espensas de Alemania que á costa de Francia. El Rhin es el rio que debe unirlos, y han conseguido que sea el rio que las divida.

XIII.

Esta situacion es evidentemente ficticia, violenta, contra naturaleza, y por consiguiente momentánea. El tiempo lo reduce todo á la ecuacion: Francia volverá á su forma natural y á sus proporciones necesarias. Nuestra creencia es de que ella puede recobrarlas pacíficamente por la fuerza de las cosas, combinada con la fuerza de las ideas. Sin embargo, á esto se oponen dos obstáculos: uno material y otro moral.

XIV.

El obstáculo material es Prusia.

No volveremos á decir lo que ya hemos manifestado sobre este particular.